

## Apuntes sobre el hombre nuevo

### Notes on the New Man

**Dra. Delia Luisa López García**

Profesora Titular y Consultante

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Programa Cuba

Universidad de La Habana, Cuba



0000-0001-9219-3062

[dllopez@flacso.uh.cu](mailto:dllopez@flacso.uh.cu)

**Fecha de enviado:** 22/01/2020

**Fecha de aprobado:** 09/03/2020

---

**RESUMEN:** En las condiciones de la transición socialista el desarrollo de una conciencia socialista-comunista es para Che Guevara decisivo. Esta nueva conciencia enlaza el ideal del mejoramiento humano individual con el colectivo y está conformada por un conjunto de nuevos valores morales como parte de la transformación de la subjetividad: es el hombre nuevo. La noción hombre nuevo está integrada a la praxis socio-histórica por lo que responde a las normas de conducta y valores morales existentes y a los demandados como perspectivas. Así, que el texto se acerca a distintos momentos históricos en los que pensadores y escuelas de pensamiento han teorizado sobre el perfeccionamiento humano y sus posibilidades.

**PALABRAS CLAVE:** mejoramiento humano, conciencia, subjetividad, valores morales, socialismo-comunismo.

**ABSTRACT:** In the conditions of the socialist transition, the development of a socialist-communist consciousness is decisive for Che Guevara. This new consciousness links the ideal of individual human improvement with the collective and is made up of a set of new moral values as part of the transformation of subjectivity: is the new man. The notion of new man is integrated into the socio-historical praxis so that it responds to the existing norms of conduct and moral values and to those demanded as perspectives. Thus, the text approaches different historical moments in which thinkers and schools of thought have theorized about human improvement and its possibilities.

**KEYWORDS:** human improvement, conscience, subjectivity, moral values, socialism-communism.

**H**ombre nuevo<sup>1</sup> por definición, aparece vinculado a la noción de perfectibilidad humana; desde la Antigüedad griega y romana ambos fueron objeto de estudio de filósofos y políticos. Según la perspectiva marxista de las Ciencias Sociales, el concepto hombre nuevo está integrado a la praxis socio-histórica.

Para el propósito del presente texto interesa distinguir los valores morales y las normas de conducta del conjunto de las formas de pensar y actuar propias de cada período histórico; el hombre nuevo, como patrón de perfectibilidad humana, se nutre de los valores morales y las normas de conducta válidas en su momento histórico.

Si los valores morales y las normas de conducta son inherentes a determinadas circunstancias históricas y sociales, ¿será posible considerar qué valores morales y normas de conducta consustanciales a épocas pasadas pierden vigencia en contextos históricos posteriores? La respuesta a esta interrogante no podría dejar de tener en cuenta que desde el triunfo de la Revolución burguesa francesa de 1789 y su Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, los valores allí establecidos lograron universalidad en la medida en que el capitalismo se convirtió en hegemónico.

Una aproximación más detenida al tema lo complejiza aún más: los nuevos tipos humanos de cada época histórica no solo han «emergido» gracias al impacto social sino también han objeto y sujeto de formación. Las vías mediante las cuales cada sociedad ha abordado y dado respuestas a semejantes complejidades han estado influidas por el desarrollo del pensamiento social en cada momento histórico y por la orientación socioclasista de cada pensador.

El presente artículo realiza una panorámica sobre el tema y está organizado en Introducción; Epígrafe I. Antecedentes en Europa Occidental; Epígrafe II. Los antecedentes latinoamericanos; Epígrafe III. El hombre nuevo de la transición socialista. Conclusiones y Referencias bibliográficas. En su elaboración, la autora se ha beneficiado del método lógico-histórico de la teoría social marxista.

Sirva este modesto texto para conmemorar el advenimiento del sexagésimo segundo aniversario de la Revolución cubana, la primera revolución socialista de liberación nacional latinoamericana.

### **Antecedentes en Europa Occidental<sup>2</sup>**

No pocos pensadores y/o corrientes de pensamiento desde tiempos remotos dedicaron su quehacer reflexivo a la problemática del mejoramiento humano, sin embargo, solo algunos han hecho referencia explícita al concepto hombre nuevo<sup>3</sup>.

Es conocido que los filósofos de la Antigüedad griega Sócrates, Platón y Aristóteles expresaron preocupaciones éticas e identificaron al ser humano como objetivo fundamental del conocimiento. Dieron rienda suelta a sus reflexiones desde la óptica de concepciones morales elitistas, dado los intereses sociales que representaban. Sócrates obligaba al individuo a interrogarse sobre lo que creía saber, sobre los actos y las virtudes que importaban más; Platón, en su sistema, realizó aportes extraordinarios del pensamiento teórico, desarrolló la dialéctica, acometió investigaciones lógicas y criticó diferentes tesis gnoseológicas. Aristóteles, desplegó una gigantesca labor intelectual: fundó el Liceo o escuela peripatética y destacó por ampliar los dominios de la investigación científica abriendo la posibilidad del desprendimiento de

ciencias particulares en la antigüedad (Nicola Romero, 1968).

Los romanos esclavistas –hasta donde sabemos– fueron los primeros en utilizar el término *Homo Novus*. Designaba al ciudadano que tenía acceso a cargos u honores públicos, por lo cual se distinguía del resto. El término tuvo, pues, una connotación estamental y política, ya que refería a un ciudadano considerado de calidad social superior (Enciclopedia, s.f., T. XXVIII, p. 171).

En el Medioevo, al convertirse la Iglesia Católica en el centro creador y divulgador de la cultura de la época, toda la atención se desplazó a la religión y cambió la visión del lugar y papel del ser humano en el quehacer filosófico: la predestinación del hombre fue entonces más sublime que su existencia terrenal.

Entre los representantes de la filosofía cristiana sobresalió San Agustín, quién ejerció influencia en el desenvolvimiento filosófico medieval hasta el siglo XIII. San Agustín, en su obra *La religión verdadera* plantea que el hombre carnal es un hombre viejo, en tanto que nace, crece, envejece y muere; pero que puede renacer espiritualmente y someter su alma a la ley divina, un hombre nuevo o espiritual<sup>4</sup>, utilizó el término hombre nuevo o espiritual; con él denominaba al hombre espiritualmente fortalecido que somete su alma a Dios, en aras de lograr la eternidad. Para él, el mejoramiento humano estaba condicionado por Dios, en tanto se trataba del hombre que se renueva a imagen de su Creador. Según este pensador, la propia estructura interior del hombre hace posible la búsqueda de Dios.

San Agustín planteó que el hombre actúa subjetivamente con libertad, pero todo cuanto hace es Dios quien lo ejecuta a través de él. Dios predestinó a unos hombres a la salvación en la vida futura y a otros, a castigos eternos en el

infierno. En su doctrina de la predestinación se reflejaba la impotencia del individuo, incapaz de cambiar el orden existente en el mundo, tampoco de influir activamente sobre el curso de los acontecimientos y sobre las fuerzas humanas hostiles a él. En este modo de pensar se expresó la subordinación del espíritu investigador a la fe religiosa: no era necesario buscar la verdad, sino los medios para fundamentar las verdades reveladas (San Agustín, 2017).

Durante los siglos XIV y XV significativos cambios técnicos y económico-sociales tuvieron lugar en Europa los que repercutieron en la vida espiritual de sus pueblos; consecuentemente, un nuevo ideario proclamaría la plena inserción del ser humano en la vida terrenal reconociendo sus intereses; tales puntos de vista estuvieron impregnados de optimismo y de confianza en las fuerzas del hombre reconociendo el derecho de éste a gozar del placer, de la satisfacción de sus necesidades vitales.

Los grandes humanistas del Renacimiento, Petrarca, Dante, Boccaccio, Shakespeare<sup>5</sup> y otros, contribuyeron a cohesionar esta concepción no religiosa del mundo que proclamó el derecho del ser humano a la felicidad, a una existencia física y espiritualmente digna.

Tal inclinación humanista se transformó gradualmente en una proyección individualista como forma específica de existencia del ser humano. En aquellas condiciones el individualismo fue un fenómeno progresista pues coadyuvaba a la emancipación de las personas de las trabas medievales.

En la segunda mitad del siglo XVIII nuevos cambios técnicos y socioeconómicos sacudieron a Europa occidental. A mediados del siglo, la escuela de la Ilustración tuvo el mérito de enfrentar la meditación filosófica a la realidad social. Desencadenó una ética de proyección social que interpretó las inquietudes políticas de

su época y dio lugar a una actitud de condenación del absolutismo monárquico y a una posición laica en cuestiones de religión. Sus seguidores criticaron y combatieron a la Iglesia, la intolerancia religiosa y el fanatismo.

Los principales representantes de este movimiento fueron: Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Holvach y Helvecio<sup>6</sup>.

Juan Jacobo Rousseau se diferenció de sus contemporáneos por la profundidad y audacia de su crítica al régimen social francés de la época en que vivió. Postuló las tensiones existentes entre la naturaleza y la cultura. Según Rousseau, una de las causas principales de los padecimientos humanos era la contradicción entre nuestro estado y nuestra apetencia, entre nuestro deber y nuestros deseos, entre la naturaleza y las instituciones sociales, entre el hombre y el ciudadano.

Para él, los obstáculos al progreso humano hacia la armonía debían ser eliminados por el desarrollo gradual de la lucha ética del individuo contra sus propios defectos y flaquezas. Las salidas a las contradicciones de la civilización radicaban en el cambio del sistema y en los métodos de la educación (Rousseau, 1989). Rousseau quería asentar la moralidad de la actividad humana y para ello el hombre debía lograr su libertad.

Sin dudas este pensador --aunque no utilizó el término hombre nuevo-- introdujo aportes: sus análisis éticos iban dirigidos a lograr un individuo desalienado. En el Contrato Social sostuvo la tesis de que la desigualdad social existente puede y debe ser corregida por medio de la libertad y la nivelación absoluta de los derechos jurídicos. La base del sistema democrático que emergió del Contrato Social residió en la participación de la ciudadanía en la legislación (Rousseau, 1965).

A fines del siglo XVIII, el triunfo de la Revolución francesa ejerció notable influencia en Occidente. Su ejemplo desencadenó movimientos revolucionarios contra el feudalismo los que contribuyeron a consolidar a grupos sociales emergentes que proclamaban, desde el punto de vista ideológico, el derecho del individuo a la libertad y a la propiedad privada.

Durante el siglo XIX, en Alemania, la que sería denominada Filosofía Clásica, adelantaría novedosos puntos de vista, sobresaliendo las proyecciones de Emmanuel Kant sobre el mejoramiento humano.

Kant apreció que la experiencia ha mostrado la inexistencia de una necesaria correspondencia entre la conducta del hombre y su felicidad en la vida empírica, por tanto, si no se corresponden en el mundo de los fenómenos, la conciencia moral debe creer que dicha correspondencia se logra en el mundo «inteligible». En la ética de Kant se encerraban las normas morales educadoras de los hombres en el conformismo con la vida terrenal y en la esperanza del premio en el más allá.

Para este autor, la conciencia del deber se originaba como resultado de la ley moral. La relación de una voluntad finita del hombre con esta ley es una relación de dependencia que se expresaba en una obligación, esto es, en apremiar la acción conforme con esta ley. Esta acción se llama deber. El hombre debe escoger entre voluntad y razón, siendo la ley de la razón un imperativo que obliga al hombre al deber. Su ideal es que el deber guíe las acciones de los hombres (moral) y por esta vía se logre la felicidad (Kant, 1980).

Estamos en presencia de un humanismo que trata al ser humano como individuo genérico, que busca su perfección en un plano totalmente abstracto.

Para Hegel -otro de los más significativos filósofos clásicos alemanes- la liberación del hombre sólo era posible mediante el despliegue de la espiritualidad de toda su actividad, ejercida a través de la filosofía, la religión y el arte, pero ante todo a través del Estado moral<sup>7</sup>.

Fue Feuerbach quien asentó sus puntos de vista sobre principios antropológicos al considerar que la moral se fundamentaba en el amor del ser humano hacia sus otros. Planteó que en la base de todas las acciones humanas se encuentra la aspiración de las personas a la felicidad, a la satisfacción de sus necesidades: el hombre aspira al bien y evita el mal. Su ética también tenía un carácter abstracto, al tomar como punto de partida al hombre en general con su naturaleza inmutable y no al hombre concreto, histórico y social.

Estas concepciones fueron profundamente criticadas por Carlos Marx.

Para este «...la esencia humana no es algo abstracto, inherente a cada individuo. Es, en realidad, el conjunto de sus relaciones sociales» (Marx & Engels, s.f., p. 9). Relaciones que no son puramente espirituales, entre conciencias, sino la unidad de lo espiritual y lo material, relaciones establecidas a través de la interacción del hombre con la naturaleza en el proceso de producción y reproducción de su vida material y espiritual.

Marx definió la actividad como el modo específicamente humano de relacionarse entre sí y con la naturaleza, en cuyo decurso se transforman el mundo y los propios seres humanos. Afirmó que éste realizará su esencia humana en la medida y el grado en que lo permita el carácter del sistema social en que vive. A continuación, expresó que la sociedad capitalista es la causante de la deshumanización moderna por lo cual es necesario ir a su superación y a la creación de una sociedad que

propicie la plena realización humana. Aunque no lo mencionó por su nombre, la «plena realización humana» será el hombre nuevo de una época social anticapitalista, a la que Marx daría la denominación de comunismo, esto es, el Reino de la Libertad en contraposición al capitalismo o Reino de la Necesidad.

Una era de profunda crítica social se abría, basada en la difusión de una teoría y metodología de análisis de la sociedad capitalista creada por Carlos Marx y sus seguidores, crítica que también sería de orden práctico. Fue proclamada la revolución comunista -en la que el proletariado tendría el protagonismo- y su primera edición triunfante tendría lugar en la atrasada Rusia de 1917.

En pleno siglo XX otro europeo marxista, Antonio Gramsci, colocaría en el centro de sus análisis la cuestión de la subjetividad.

Gramsci utilizó el término hombre nuevo para referirse al ser humano que se forma en la actividad práctica, que va cambiando en tanto cambian las circunstancias. Gramsci, al igual que Marx, consideró que el hombre es el conjunto de sus relaciones sociales; el hombre activo que modifica el ambiente, entendiendo por ambiente el conjunto de las relaciones en las que interviene cada individuo. Por tanto, si la individualidad es el conjunto de las relaciones sociales, hacerse una personalidad significa adquirir conciencia de tales relaciones (Gramsci, 1973).

### Los antecedentes latinoamericanos

José Martí empleó el término «hombres nuevos americanos», los que debían surgir en la verdadera república, que pensarán desde América y para América, por tanto, debía ser tarea de nuestra América formar a esos hombres (Martí, 1963, T. 6, p. 22).

Vio en la educación un instrumento esencial para preparar a los futuros libertadores de América y concibió el trabajo como actividad ennoblecedora del ser humano, un elemento central de su formación y de las sociedades futuras. Para él, la crítica y el trabajo debían contribuir a la formación de nuevos valores, unidos a la conciencia del deber y el sacrificio. Consideraba decisivo desarrollar el hábito de trabajar con las manos y pensar por sí mismo.

Martí promovió el fortalecimiento de los valores humanos como modo de impulsar el desarrollo de las sociedades latinoamericanas, partiendo de nuestras raíces y de nuestras potencialidades. Creyó en el ser humano, lo creyó capaz de superar sus limitaciones; tuvo confianza en su mejoramiento y en la utilidad de la virtud. Planteó la necesidad de desarrollar «[...] el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como un honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás: la pasión, en fin, por el decoro del hombre» (Martí, 1963, p. 269).

Aspiraba a que el individuo se reconociera en su propia obra, en su creación, para que revitalizara su existencia y le hiciera escalar nuevos peldaños en el complejo y difícil camino de la perfectibilidad humana en articulación con el entorno social, defendiendo siempre y preservando la identidad de la región, con pensamiento propio y creador.

Mucho podría escribirse acerca del humanismo martiano y de la actualidad de sus ideas acerca del hombre nuevo americano. Solo agregaríamos que la concepción martiana acerca del hombre nuevo americano está relacionada con la actividad práctica transformadora, la cual tiene en cuenta factores políticos, económicos, sociales, históricos y culturales.

Otro destacado pensador latinoamericano de profundo pensamiento humanista, el uruguayo José Enrique Rodó, veía en la filosofía una ética de la renovación, el ideal de una norma de acción para la vida, «estímulo y objeto para un nuevo sentido de la acción, nunca segada en sus raíces» (Rodó, 1957, p. 310). De aquí que en el hombre siempre esté presente el instinto de perfectibilidad y la formación de la personalidad esté sometida constantemente a una incesante y orgánica renovación.

Rodó mostró que la unidad indisoluble entre el latinoamericanismo y el antiimperialismo eran condiciones necesarias de existencia y desarrollo de América Latina. Utilizó el concepto hombre nuevo con un significado ético-filosófico, en tanto la base de la formación de ese individuo está asociada a la educación, las tradiciones y la perseverancia (Rodó, 1957, p. 242).

Para el argentino José Ingenieros la moral adquiere contenido político y social. Dedicó especial atención al papel del trabajo en la transformación moral del hombre, considerándolo un deber social; señaló «... el trabajo contiene fuerzas morales que dignificarán a la humanidad del porvenir» (Ingenieros, 1951, p. 56). Para este pensador, la educación y las instituciones de la sociedad política y civil dirigida a fortalecer la autoestima, la autosuperación moral y la capacidad transformadora del individuo, desempeñaban un decisivo papel en el perfeccionamiento humano. Al plantear que la dignificación humana mediante la instrucción pública es requisito básico para el enaltecimiento moral, estaba mostrando confianza en la capacidad del hombre para la autotransformación y en el papel de las fuerzas morales como elemento fundamental en la formación de una conciencia latinoamericana.

Es necesario señalar que la influencia en América Latina de la Revolución rusa de 1917

daría lugar a la difusión del marxismo; esta se llevaría a cabo a través de diferentes vías y en no pocas ocasiones de forma nada apegada a las proposiciones originarias de sus autores, Marx, Engels y Lenin.

En Cuba, proliferó durante los años 20 y 30 un pensamiento marxista que situó al ser humano en el centro de sus concepciones revolucionarias e intentó potenciar las condiciones objetivas existentes en la sociedad neocolonial y las subjetivas en pos del mejoramiento humano, solo posible en el socialismo. Tales fueron en particular los esfuerzos de Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena, cuya relevancia histórica reside en sus respectivas acciones revolucionarias socialistas en pos del rescate de la dignidad y la libertad de los cubanos.

Durante esos años, en Perú y Argentina sobresalieron dos intelectuales marxistas que elaboraron interesantes concepciones: José Carlos Mariátegui, y Aníbal Ponce.

José Carlos Mariátegui interpretó la realidad de América Latina desde una perspectiva novedosa, considerando la correlación sociedad-individuo a partir de las particularidades de la región.

Mariátegui se destacó por sus incisivos análisis de los problemas socio-culturales y clasistas de la realidad latinoamericana, en particular la realidad peruana. En su obra más conocida, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, afirmó:

*El socialismo nos ha enseñado a plantear el problema indígena en nuevos términos. Hemos dejado de considerarlo abstractamente como problema étnico o moral para reconocerlo concretamente como problema social, económico y político y entonces lo hemos sentido, por primera vez esclarecido y demarcado.* (Mariátegui, 1969, p. 24)

Propuso soluciones a los problemas del momento y trazó la estrategia de la lucha latinoamericana. Afirmó que las nuevas generaciones son los protagonistas del porvenir de América, quienes deben crear y realizarse en el trabajo.

Aníbal Ponce consideraba que la formación de la personalidad de nuevo tipo solo se logrará mediante la eliminación de la división social del trabajo y la educación -encargada de combinar la teoría con la práctica-. Ambas asegurarán el desarrollo universal de las capacidades humanas.

Sostuvo que:

*El socialismo, aunque digan lo contrario sus enemigos, aspira a realizar la plenitud del hombre, es decir a liberar al hombre de la opresión de las clases para que recupere con la totalidad de sus fuerzas, la totalidad de su yo.* (Ponce, 1975a, p. 207)

Así, para Ponce, el término hombre nuevo está referido al ser humano de desarrollo integral, hombres que pueden formarse sólo en determinado momento del desarrollo histórico. Según Ponce, la formación del hombre nuevo se fundamenta en tres premisas: la conquista del poder político por el proletariado, la eliminación de la división social del trabajo, así como la posibilidad que tengan los hombres de dominar la cultura (Ponce, 1975b, p. 302).

### El hombre nuevo de la transición socialista

En la segunda mitad del siglo XX, desde América Latina, desde la Revolución cubana en particular, se retoma el pensamiento marxista clásico y, a partir de él se proyecta una reflexión original que se caracteriza por enfatizar la necesaria simultaneidad de la transformación de la base material de la sociedad y de la subjetividad humana. Aparecerán vinculados en

el pensamiento y la práctica de la época los conceptos hombre nuevo y formación del hombre nuevo cuyos referentes principales se sustentan en la ética y en la moral comunistas. Tales puntos de vista fueron desestimados en las obras filosóficas y de ciencias sociales elaboradas en la Unión Soviética después de la muerte de Lenin.

Máximos exponentes de esta concepción son Ernesto Che Guevara y Fidel Castro, cada uno con su forma específica de ejercicio del liderazgo, aunque en este texto solo se hará referencia al pensamiento de Che Guevara.

### **Ernesto Che Guevara: su concepción del hombre nuevo<sup>8</sup>**

¿Qué es el hombre nuevo para Guevara? Uno de sus textos más abarcadores sobre el tema es *El socialismo y el hombre en Cuba*, escrito en 1965<sup>9</sup>.

Como pensador marxista Guevara nunca se refiere al hombre nuevo como individuo indiferenciado, genérico, abstracto, o como masa irreconocible. Todo lo contrario; para Che, es el individuo concreto, aquel en quien se confiaba individualizado en la época guerrillera, con nombre y apellido y de su capacidad de acción dependían el triunfo o el fracaso del hecho encomendado.

Una vez logrado el triunfo, concibe al hombre nuevo como: «...individuo, actor de ese extraño y apasionante drama que es la construcción del socialismo, en su doble existencia de ser único y miembro de la comunidad» (Guevara, 1970 T.II, p. 371).

Este hombre nuevo significa un objetivo a alcanzar en la misma medida en que lo es la transformación material de la sociedad. Sin embargo, afirma, hay que reconocer que es un producto no acabado, y no podría nunca estarlo, pues su formación marcha paralela al desarrollo

de formas económicas nuevas (Guevara, 1970, T. II, p. 373). En la educación precisamente hará énfasis; el individuo, a partir de la conciencia de sus propias limitaciones, se somete a un proceso consciente de autoeducación.

La sociedad provee dos vías para ello: la educación directa e indirecta. La primera, a través del aparato educativo del Estado, la segunda, mediante el impacto del nuevo poder social sobre el individuo. No cabe duda alguna: «Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo» (Guevara, 1970, p. 372).

### **La educación indirecta**

Tal impacto del nuevo poder social sobre el individuo tendrá consecuencias diversas para él, pero de lo que se trata es de lograr la transformación de los objetivos de lucha individualistas en colectivistas, en otras palabras: la integración progresiva – y cada vez más plena – del individuo a la sociedad (Díaz & López, 1989, p. 175). La dialéctica individuo-sociedad en interacción mutua posibilitará el cambio social; la sociedad modificada conscientemente por el individuo y el individuo impactado por los cambios sociales.

Sabe que la nueva sociedad en formación tiene que competir muy duramente con el pasado y que las taras del pasado se trasladan al presente en la conciencia individual; en el pasado, la educación estuvo sistemáticamente orientada al aislamiento del individuo (Guevara, 1970, T.II, p. 371). Por ello, considera imprescindible subvertir los valores predominantes en la sociedad capitalista dado que exacerban la satisfacción de intereses individualistas, así como generalizan el egoísmo «una carrera de lobos; solamente se puede llegar sobre el fracaso de otros», dirá en una

obra medular, *El Socialismo y el Hombre en Cuba*.

El ideario guevariano sobre el necesario cambio de la subjetividad en el socialismo puede comprenderse a partir de las Tesis sobre Feuerbach; en la nº 3, Marx expresa que las circunstancias se hacen cambiar por los hombres y que la coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana solo puede concebirse y entenderse racionalmente como práctica revolucionaria (Marx, s.f., T.I, p. 9).

Lo importante es que los hombres y las mujeres vayan adquiriendo cada día más conciencia de la necesidad de su incorporación a la sociedad y, al mismo tiempo, de su importancia como motores de la misma. Esta incorporación significa, ni más ni menos, la posibilidad de expresarse y hacerse sentir en los mecanismos de dirección social: la participación consciente, individual y colectiva (siempre el individuo y la masa), lo que equivale a lograr progresivamente su realización plena como criatura humana. (Guevara, 1970, T.II, p. 375).

Entonces se presenta en toda su dimensión el dilema de cuáles instrumentos de movilización de las masas son los adecuados. Ante esta interrogante, Guevara no titubea: el instrumento básico ha de ser de índole moral, sin olvidar una correcta utilización del estímulo material, sobre todo de naturaleza social.

En una sociedad subdesarrollada las necesidades materiales son muy grandes, por ello sabe perfectamente que es difícil no tomar en cuenta -en la medida adecuada- los estímulos materiales ni sobredimensionar la incentivación de carácter moral con vistas a evitar las posiciones voluntaristas. De ahí que, para consolidar su vigencia, la transición socialista requiere el desarrollo de una conciencia en la

que los valores morales adquieran categorías nuevas.

Es evidente que el estímulo material existe en la etapa de la construcción del socialismo. Mas en su concepción, Che antepone siempre la parte educativa, la parte de profundización de la conciencia, el llamado al deber como medida primera.

Hizo mucho énfasis en convertir el trabajo en una necesidad moral, un deber social; como parte de ello incorporó -en la teoría y en la práctica- el trabajo voluntario. Para Guevara la importancia que tiene el trabajo voluntario no se refleja en la parte directamente económica que pudiera reportar a las empresas o al Estado. Su importancia se refleja en la conciencia que se adquiere frente al trabajo y en el ejemplo que significa la actitud de donar horas de ocio a la producción, sin esperar retribución material alguna.

Así expresa: «...los trabajadores voluntarios de vanguardia son los hombres que cumplen más cabalmente que nadie los ideales del verdadero comunista que en sus lugares de trabajo, (...) les dicen a los demás: ¡Sígueme por este camino!». (Guevara, 1970, p. 241)

Reitera la concepción marxista de la transformación de la subjetividad cuando expresa que el trabajo voluntario sirve para toda la sociedad, pero sirve fundamentalmente para el individuo, para el desarrollo de la conciencia de cada uno (Martínez; 1989).

En polémica establecida desde la distancia en una asamblea de producción con el poeta español León Felipe<sup>10</sup>, quien afirma en uno de sus textos que nadie ha podido cavar al ritmo del sol y que nadie todavía ha cortado una espiga con amor y con gracia, le responde sin ambages: «Y lo podríamos invitar a los campos de caña para que viera a nuestras mujeres cortar la caña con amor y con gracia, para que viera la fuerza

viril de nuestros trabajadores cortando la caña con amor» (Guevara, 1970, p. 333), y aclara de manera absolutamente pertinente que no es el trabajo lo que esclaviza al hombre sino que es el no ser poseedor de los medios de producción; cuando la sociedad llega a cierta etapa de su desarrollo y comienza la lucha reivindicatoria, otra vez se adquiere frente al trabajo la vieja alegría, la de estar cumpliendo con un deber, de sentirse parte de un engranaje consciente. Y culmina: «...el hombre que trabaja con esa nueva actitud se está perfeccionando» (Guevara, 1970, p. 333).

Repite hasta el cansancio: la actitud nueva ante la vida «se contagia»; es necesario mostrar con el ejemplo el camino que hay que seguir, llevar a las masas con el propio ejemplo, cualesquiera que sean las dificultades, a vencer el camino. Quien puede mostrar el ejemplo de su trabajo repetido durante días sin esperar de la sociedad otra cosa que el reconocimiento a sus méritos de trabajador tiene derecho a exigir en la hora del sacrificio teniendo en cuenta que la creación de la nueva sociedad requiere de mucho sacrificio (Guevara, 1970, T II, p. 241).

Afirma que en la marcha hacia la nueva sociedad es preciso que el pueblo se eduque a sí mismo, para ello «... la sociedad en su conjunto debe convertirse en una gigantesca escuela» (Guevara, 1970, T II, pp. 372-73).

### **La educación directa**

Sin embargo, por sí solos los cambios económicos y sociales no logran automáticamente la concientización de las grandes masas del pueblo, dada la persistencia de las relaciones mercantiles en la transición socialista y dada la influencia de la propaganda cultural burguesa que llega a través de los medios masivos de comunicación transnacionalizados, bajo el dominio de las

fracciones del capital rentista y del pensamiento neoconservador burgués, y recientemente de las redes sociales, no siempre a favor del socialismo (López García, 2019).

La formación del hombre nuevo socialista-comunista es un proceso largo y complejo, en el que existen avances, pero también hay detenciones y hasta retrocesos. El hombre y la mujer nuevos son individuos que hacen, viven la revolución y se autoeducan en ella; es muy cierto que las nuevas relaciones de producción deben propiciar la formación de la nueva conciencia y los nuevos valores morales, pero, no cesa de insistir y repetir, no es posible pensar que solo el impacto del nuevo poder social sobre el individuo ejercerá sobre él las influencias requeridas para los cambios. Así, argumenta la positiva interrelación existente entre educación y desarrollo de la nueva moral.

La educación directa adquiere durante esta etapa una importancia mucho mayor y se ejerce a través del aparato educativo del Estado.

La educación tiene que jugar un papel como ayudante infatigable del Estado socialista en la meta de liquidar las viejas taras de una sociedad que ha muerto y se lleva a la tumba sus viejas relaciones sociales. Más arriba afirmamos que el hombre nuevo no surge espontáneamente y ahora enfatizamos: en la transición socialista resulta absolutamente decisiva la modelación de un proceso de transformación de la subjetividad humana. Esto es así dados los enormes obstáculos externos e internos a los que tiene que enfrentarse la transición.

En sus constantes prédicas sobre las cualidades del hombre nuevo, Guevara enfatiza en lo que llamó el sentido interno de perfeccionamiento, no sólo como incremento de los conocimientos sino como aumento de la comprensión del mundo en que se vive y plantearse los grandes problemas de la

humanidad como problemas propios (Guevara, 1970, TII, p. 174).

Por eso es necesario dominar la técnica porque –aseguró– la técnica es un arma y quien sienta que el mundo no es perfecto como debiera ser, debe luchar porque el arma de la técnica sea puesta al servicio de la sociedad, de ahí la necesidad de rescatar antes a la sociedad para que toda la técnica sirva a la mayor cantidad de seres humanos (Guevara, 1970, T II, p. 229). La técnica es base fundamental de la nueva sociedad, conjuntamente con la formación del hombre y la mujer nuevos. En ambos aspectos hay mucho que hacer aún, afirmará, pero es inexcusable el atraso en cuanto a la concepción de la técnica como base fundamental ya que en este campo no se trata de avanzar a ciegas sino seguir durante un buen tramo el camino abierto por los países más adelantados del mundo (Guevara, 1970).

### Otros valores y normas de conducta

En una caracterización más detallada de las cualidades del hombre nuevo, Guevara identifica otras normas morales de conducta a que deben aspirar, en su proceso de autoeducación, las más jóvenes generaciones que hacen y viven la transición: sensibilidad frente a la injusticia, que para él es sentirse angustiado cuando se avasalla a cualquier hombre en cualquier lugar del mundo y sentirse entusiasmado cuando en cualquier rincón del mundo se alza una nueva bandera de libertad; el espíritu crítico y creador, que consiste en romper con la excesiva dependencia hacia experiencias anteriores, pensar por cabeza propia, actuar sin demasiada docilidad y respeto, planteando problemas nuevos y desarrollando iniciativas para resolverlos; la modestia, que no consiste en el desconocimiento de los valores propios sino el conocimiento de su magnitud y en el de las

deficiencias, para superarlas; la dignidad, se vincula al respeto hacia todo ser humano, e incluye el respeto hacia sí mismo y posibilita el ejercicio de la plena condición humana en las nuevas relaciones creadas por la Revolución. Ella se relaciona con los valores de justicia y la solidaridad (Díaz & López, 1989).

Sobre la austeridad, que ha de regir la vida personal y familiar fue no solo enfático en sus pronunciamientos, sino que la llevó a la práctica como ejemplo personal de conducta socialista. La cualidad que se denomina austeridad se relaciona íntimamente con dos aspectos muy presentes en la sociedad anterior y que es imprescindible desterrar en la transición: la doble moral y la corrupción (Díaz & López, 1989).

Para Guevara, ambas van tomadas de la mano; la primera lleva a la segunda. La austeridad significa que los hombres y mujeres que viven la transición socialista deben ajustarse a las normas de vida y a las carencias de la mayoría de la población. No hacerlo así entroniza la doble moral, es decir, el divorcio entre lo que se dice y lo que se hace. La austeridad, así entendida, es un valor moral de primer orden en el conjunto de las cualidades morales del ser humano nuevo.

Todas estas cualidades se resumen en la ejemplaridad del individuo que aspira a transformarse en un ser humano nuevo.

Del ejercicio constante de la autoeducación dependerá que hombres y mujeres se sientan más plenos, con mucha más riqueza interior y con mucha más responsabilidad (Guevara, 1970). Esta autoeducación es, a la vez, la lucha contra el individualismo y el egoísmo heredados de la sociedad burguesa y la lucha por desarrollar la individualidad del ser humano. En la transición socialista el desenvolvimiento pleno de la individualidad humana es comprendido por Che con el adjetivo «humano»: lograr que el

individuo sea tan humano que se acerque a lo mejor de lo humano (Guevara, 1970).

Ese hombre nuevo tan humano está guiado, además, por grandes sentimientos de amor. No se trata del amor ejercido en pequeñas dosis de cariño cotidiano hacia la familia sino se trata de un amor más complejo y completo, más abarcador, el amor a toda la humanidad y se revela como sentido de justicia, de búsqueda en todo momento de la verdad y de saber concretarlo en acciones que sirvan de ejemplo, de movilización social (Guevara, 1970).

Como hemos dicho ya, la meta de la perfectibilidad de hombres y mujeres en las nuevas condiciones de la transición socialista implica el desarrollo de su conciencia socialista; esta nueva conciencia vincula el ideal del mejoramiento humano individual con el colectivo (es decir, la transformación de las relaciones interpersonales) que a su vez las enlazan con el conjunto social. Se trata de la sustitución gradual de los viejos vínculos (el egoísmo, la obtención de ganancias, entre otros muchos) que han unido a cada uno de los individuos al conjunto de la sociedad burguesa, por nuevos, opuestos y diferentes a los del capitalismo.

Todo esto significa colocar el papel de la subjetividad en el centro del proceso histórico tal y como lo había proclamado Gramsci en su época. Significa acelerar la salida del hombre del reino de la necesidad y su llegada al Reino de la Libertad.

## Conclusiones

El concepto hombre nuevo refiere a cada tipo humano surgido -y formado- desde un particular conjunto de circunstancias (económicas, políticas, sociales y culturales) propias de cada formación social histórica concreta. Aparece vinculado a la noción de perfectibilidad humana,

la que tampoco es abstracta, sino que está integrada a la praxis socio-histórica.

Así, es posible hacer referencia a valores éticos y normas morales propios de las anteriores épocas esclavista y feudal, así como a sistemas de valores y a una moralidad inherente a la modernidad capitalista.

Durante el período de la transición socialista, se aspira a revertir los valores morales y las normas de conducta burgueses: se aspira a un hombre y a una mujer nuevos (socialistas).

En la concepción de Che Guevara sobre el hombre nuevo y el proceso de su transformación es necesario destacar que no comparte el punto de vista vigente en el marxismo este-europeo al considerar prioritario el desarrollo de la base material del socialismo por sobre el desarrollo de la subjetividad.

Guevara plantea que ambos procesos (la creación de la base material y la transformación del hombre nuevo socialista) son simultáneos: tienen que ser dirigidos a escala social. Ve en la educación –directa e indirecta- elementos centrales en la transformación del hombre nuevo.

Esta concepción implica algunas posiciones teóricas significativas: el punto de vista filosófico que subyace no es el determinista, sino el que privilegia el papel de la subjetividad en la transición socialista.

De ahí que afirme: «los hombres se transforman y aprenden a transformarse a sí mismos junto a sus circunstancias ... el deber, la moral, el ejemplo, vinculan al individuo, los colectivos y las comunidades con la sociedad en transición» (Guevara, 1970, TII, pp. 367-384).

## Notas:

<sup>1</sup> Es menester recordar que solo en años recientes se ha generalizado el enfoque de género en las Ciencias Sociales.

<sup>2</sup> Este capítulo fue elaborado de consuno con la Dra. Yolanda Corujo, Profesora Titular de la Universidad de Oriente.

<sup>3</sup> Se ha respetado el código sexista originalmente utilizado por los pensadores que han tratado el tema y que por su relevancia han sido incorporados al texto.

<sup>4</sup> El análisis que realiza San Agustín es una referencia al Evangelio de San Juan, quien plantea el renacimiento del hombre (Jn 3, 4-7) y a las Epístolas de San Pablo, donde encontramos que se usa el término hombre nuevo por primera vez (Ef 2, 15), así como los valores que deben caracterizar a ese hombre nuevo (Ef 4, 17- 32), el cual debe incesantemente progresar dejándose invadir por la imagen única que es Cristo. Véase *La Biblia Latinoamericana*, LXXIV edición, Ediciones Paulinas, Verbo Divino.

<sup>5</sup> Estas personalidades no destacan precisamente por sus producciones filosóficas, salvo Dante, sino por ser reconocidos como humanistas cuyas actitudes ante la vida se concretan en la comprensión del hombre como ser “total”, como ser histórico, como ser natural y con un componente racional – independiente de la voluntad de Dios- inexistente hasta el momento. Ver Ramón Solá, “El pensamiento renacentista”, *Lecturas de Filosofía* Serie Estudios, Instituto del Libro, La Habana, 1968, pp. 73-74.

<sup>6</sup> En este artículo solo se hará referencia a Juan Jacobo Rousseau.

<sup>7</sup> Friedrich Hegel publicó en 1807 su primera gran obra, *Fenomenología del Espíritu*. El retorno del espíritu a sí mismo se efectúa en la historia, por el derecho, la moral, la religión y la filosofía. “Bosquejo histórico del pensamiento filosófico”, *Lecturas de Filosofía*, Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, 1966, pp. 50-51.

<sup>8</sup> Fue un político de vocación teórica. De ahí que haya producido –y legado- una obra escrita sobre la transición socialista en las condiciones de Cuba durante la década de los años sesenta en la que se encuentran aportes de significación universal. Vislumbró, desde muy temprano, algunas vías (alternativas a las tradicionalmente propugnadas

como válidas) para llevar a cabo progresivamente sus consideraciones transformadoras y a ello dedicó toda su creatividad, sus fuerzas y valentía intelectual. El ejemplo de su vida, constituye la más alta lección de consagración personal en aras de un mundo mejor.

<sup>9</sup> Véase Delia L. López: “Che vuelto a leer. Miradas sobre el socialismo y el hombre: un simposio”. En *Revista Temas*. No. 44, octubre-diciembre, La Habana, 2005, y el artículo también de la autora “Aproximación a El socialismo y el hombre en Cuba”, en revista electrónica *Estudios del desarrollo social: Cuba y América Latina*, FLACSO Cuba, vol.3, no.3, mayo-septiembre de 2015.

<sup>10</sup> Poeta español, defensor de la República española, exiliado en México. A la sazón, contaba con más de ochenta años. El Che le escribió retándolo a polemizar en la distancia.

#### Referencias:

- Díaz, E. & López, D. L. (1989). Ernesto Che Guevara: aspectos de su pensamiento ético. En *Pensar al Che*. La Habana: Editorial José Martí.
- Enciclopedia Universal Ilustrada Europea Americana* [s.f.]. T. XXVIII. Madrid: Editorial Espasa-Calpe.
- Gramsci, A. (1973). *Antología*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Guevara, E. (1970). *Obras 1957-1967*. Tomo II, La Habana: Editorial Casa de las Américas.
- Ingenieros, J. (1951). *Las fuerzas morales*. Buenos Aires: Editorial Santiago Ruedas.
- Kant, E. (1980). *Crítica de la razón pura, crítica de la razón práctica*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
- La Biblia Latinoamericana* [s.f.] LXXIV Ed. Ediciones Paulinas, Verbo Divino.
- López García, D. L. (2005). Che vuelto a leer. Miradas sobre el socialismo y el hombre: un simposio. *Temas*. 44, 93-121.
- López García, D. L. (2015). Aproximación a El socialismo y el hombre en Cuba. *Estudios del Desarrollo Social: Cuba y América Latina*, 3 (3) 97-107.

- López García, D. L. (2017). Ernesto Guevara en la Revolución Cubana: el Che. *Revista Universidad de La Habana*, 284.
- López García, D. L. (2019). Cuba y su transición socialista. Una aproximación al tema. En *Pensando Cuba*. La Habana: Publicaciones Acuario.
- Mariátegui, J. C. (1969). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. La Habana: Casa de las Américas.
- Martí, J. (1963). Con todos y para el bien de todos. En *Obras Completas*, T. 4. La Habana: Editorial Nacional de Cuba.
- Martí, José (1963). Nuestra América. En *Obras Completas*, T. 6. La Habana: Editorial Nacional de Cuba.
- Martínez Heredia, F. (1989). *Che, el socialismo, el comunismo*. La Habana: Premio Extraordinario Casa de las Américas.
- Marx, C. (s.f.). Tesis sobre Feuerbach. En *Obras Escogidas* en 3 tomos, T.I, Moscú: Editorial Lenguas Extranjeras.
- Nicola Romero, J. (1968). La filosofía griega y romana. *Lecturas de Filosofía* Tomo I. La Habana: Instituto del Libro.
- Ponce, A. (1975a). Humanismo burgués, humanismo proletario. En *Obras*. La Habana: Casa de las Américas.
- Ponce, A. (1975b). Educación y lucha de clases. En *Obras*. La Habana: Casa de las Américas.
- Rodó, J.E. (1957). *Obras Completas*. Madrid: Editorial Aguilar.
- Rousseau, J. J. (1965). *El Contrato social*. Barcelona: Editorial Matéu.
- Rousseau, J. J. (1989). *Emilio o de la Educación*, 10 Ed. México: Editorial Porrúa.
- San Agustín (2017). *Confesiones*, 22 Ed. España: Cuadernos Palabra.
- Solá, R. (1968). El pensamiento renacentista. *Lecturas de Filosofía* Tomo I. La Habana: Instituto del Libro.

### Conflictos de intereses

La autora declara que no existen conflictos de intereses.